

jueves 30 de septiembre de 2004

ABC.ES - EDICIÓN IMPRESA - Colaboraciones

OCCIDENTE

Por JOSÉ MARÍA LASSALLE/

HABRÁ que ir acostumbrándose a llamar las cosas por su nombre. El lujo del refinamiento intelectual practicado por los defensores de lo «políticamente correcto» no pueden permitírselo aquellos que saben que el mundo, desde el 11-S, no está para escenas de salón. Nuestro problema reside en que frente a nosotros -seres con estructuras mentales demasiado sofisticadas y complejas, relajados en nuestro bienestar utilitario y confiados a la eficacia práctica de nuestras instituciones-, un nuevo aliento de barbarie se está gestando con fuerza en el seno de esos desiertos de los que, según aventuraba Heródoto cuando reflexionaba sobre Occidente y Oriente hace más de dos mil quinientos años, proviene lo que nos inquieta.

La estética dialógica de los salones es de otra época. Murió con las imágenes literarias descritas por Proust a principios del siglo XX. De hecho, ya no estamos para aceptar reglas de etiqueta o de corrección políticas. Y menos aún si provienen de manos de los antiguos partidarios de la Utopía totalitaria caída con los cascotes del Muro berlinés, ahora reconvertidos al combate intelectual de las instituciones liberales que irradia consigo el fenómeno de la globalización.

Discutir sobre la corrección o incorrección de las palabras es absurdo. Cuando se siente el aliento de la amenaza totalitaria islamista en nuestro cogote occidental es una inadmisibile y peligrosa frivolidad. Hoy, la defensa de la libertad exige que dejemos de lado un nominalismo que sacraliza inquisitorialmente las palabras, al tiempo que las devalúa con prejuicios de etiqueta criptoizquierdista. Por eso hay que ir a la raíz de las palabras y evitar adherencias ideológicas que lo único que hacen es lastrar la eficacia operativa de una civilización en peligro.

Si Marx hablaba en su Manifiesto de 1848 de que un fantasma recorría Europa, hoy puede afirmarse que otro parecido sacude el planeta entero agitado por el islamismo totalitario. La bandera roja del pasado ha cedido paso a la bandera verde de los islamistas. Una bandera que se empuña con el arma de la yihad y que cuestiona los valores y los principios sobre los que se sostiene la sociedad abierta. Habrá quien se niegue a reconocerlo, y está en su derecho a hacerlo, pero que no trate de imponer su legañosa mirada anatemiando a aquellos que estamos dispuestos a mirar directamente la realidad entenebrecida de nuestro mundo, al tiempo que expresamos sin reparos que queremos asumir la responsabilidad de defender la libertad en la que creemos.

A medida que pasan los años desde los terribles atentados que inauguraron el milenio, emerge la necesidad de instrumentar la salvaguarda de la libertad en una palabra que porta consigo una base de acción fácilmente delimitable: Occidente. Situar su ámbito es fácil. No responde a un escenario puramente territorial. Su localización espacial es de otra naturaleza, ya que tiene que ver con un soporte espiritual o, si se prefiere, conceptual. Occidente es una forma de vida que tiene que ver con la libertad y las instituciones que la hacen posible. Más que una narración histórica lineal que arranca en Grecia y se proyecta hasta la Revolución de la Libertad acaecida en 1989 con la derrota del comunismo, Occidente es una red planetaria de conceptos y experiencias. Su geometría es variable, y su esencia, crítica. Es una especie de heterodoxia institucionalizada que se retroalimenta con una vocación autocrítica y perfectible sin más límite que la dignidad de la persona. Cuando Kant proclama aquel famoso Sapere aude! que definía la Ilustración, codificaba conscientemente un principio

vertebrador que contradice la lógica totalitaria que está detrás de cualquier ensayo que adopte históricamente la sociedad cerrada.

De hecho, hoy en día, Occidente también admite una interpretación postmoderna o transmoderna de sí mismo. Supone la actualización de su discurso a un escenario planetario vertebrado en torno a vivencias colectivas que hablan de libertad, igualdad, democracia, mercado, derechos humanos y Estado de Derecho. Un escenario confuso y difuso, es cierto. Pero un escenario que debe tejer un entramado de instituciones trasatlánticas y traspacíficas que revitalicen un decisionismo liberal parecido al que Aron defendía frente a los portavoces cándidos de una Europa que estaba dispuesta a resignarse ante aquella Alemania hitleriana que se hinchaba y crecía en vigor y poderío mientras las democracias liberales se achantaban y reculaban ante su avance.

Y aunque el origen de Occidente está en el seno de Europa, hoy Occidente debe renunciar a seguir siendo europeo y americano. Nadie discute que Occidente nació de una Europa que introyectó la aportación del racionalismo crítico griego, la religiosidad judeo-cristiana y la tradición jurídica latina para luego proyectarlas fuera de sí misma, en la empresa utópica americana. Sin embargo, hoy Occidente está allí donde la ciencia y el conocimiento erosionan la ortodoxia; donde el mestizaje propende al pluriculturalismo; donde la mixtura de la libertad supera los metarrelatos uniformadores nacionales, étnicos, sexuales, lingüísticos y religiosos; y donde la seguridad jurídica que garantiza la igualdad ante la Ley evita las discriminaciones y los privilegios a los que tratan de conducirnos esa premodernidad que se disfraza con los ropajes del multiculturalismo y la antiglobalización.

Precisamente la percepción de que esto es Occidente es lo que mueve a sus enemigos islamistas a tratar de entorpecer el desarrollo mundial de la libertad. Saben que su proyecto totalitario está en el aire. Saben que su arcadía beduina no podrá consumarse mientras exista un modelo de civilización que antepone el Sapere aude! kantiano a su interpretación coránica del mundo. Y así, sustituyen el Muro de la Vergüenza caído por otro hecho con la argamasa de una violencia religiosa que sojuzga a las mujeres; repudia el conocimiento técnico y científico que contradice las enseñanzas del Corán; establece súbditos de primera y segunda clase según su confesión y trata de expandir las fronteras del Islam practicando el horror de un terrorismo que busca el desaliento y la entrega de las sociedades libres que se resisten a ceder ante su chantaje.

Parafraseando a aquel John F. Kennedy que invitaba en 1963 a quienes eludían la denuncia del totalitarismo comunista a asomarse a Berlín, hoy, quienes creen que ocultando nuestra visibilidad occidental podrá evitarse que los zarpazos del totalitarismo islamista nos agravien, que se trasladen al corazón de las tinieblas del Islam. Que vayan a sus santuarios wahabíes. Que escuchen a sus imanes integristas. Que palpén en qué condiciones se desarrolla la vida cotidiana de los países que sojuzgan y que perciban en la atmósfera lo que piensan de nosotros, de nuestra forma de existencia y de nuestras opiniones occidentales. El Muro de la Vergüenza islamista no caerá con el diálogo, ni con la pedagogía del entendimiento. Tan sólo la decisión de combatirlo con nuestra fortaleza de hombres libres podrá dar el fruto de su derrota. Por delante está esa empresa y tiene un nombre: Occidente.